

PABLO NERUDA, POETA DEL MAR

BEATRIZ DE ANCOS MORALES

Universidad Católica de Valencia

Title: Pablo Neruda, poet of the sea.

Abstract: This article analyzes the presence and evolution of sea topic in the poetry of Pablo Neruda; the implications with his own life. Particularly this topic is discussed in “The Great Ocean”, *Canto General*, Canto XIV; place of eternity and movement, shelter from the transience of human being, place of solitude and silence, its secrets and its relationship to men: Me ethnic, social and historical of South American man.

Key words: Poet. Sea. Poetry. Loneliness. Existence. Eternity

“Necesito del mar porque me enseña”
Pablo Neruda

Es innegable que la obra literaria del escritor chileno Pablo Neruda (1904-1973) contiene un mensaje hondo para el mundo contemporáneo. En ella el ser humano es preocupación central: “porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas/ y hay que caer en él como en un pozo, para salir del fondo/ con un ramo de agua secreta y de verdades sumergidas”.¹ En sus versos encontramos la confesión autobiográfica de un hombre singular, un hombre complejo y lleno de contrastes, como se definió el poeta chileno a sí mismo en uno de sus poemas: “de un hombre claro y confundido,/ de un hombre lluvioso y alegre,/ enérgico y otoñabundo”.²

Aunque más conocido por sus versos de amor, Neruda no sólo merece ser recordado por su poesía amorosa, sino también como poeta cronista de su época y de la historia —“Yo estoy aquí para contar la historia” confesará en los versos iniciales de su *Canto general*—, y no menos como el poeta del mar. Su producción literaria, desde el inicio hasta sus últimos libros de

¹Pablo Neruda, en “Alturas de Macchu Picchu, XI”, *Canto General*, II, Madrid: Cátedra, 1997

²Pablo Neruda, “Testamento de otoño” de Estravagario, en *Antología poética (2)*, Madrid: Alianza, 1988, p. 369

versos, está salpicada de composiciones dedicadas a las aguas marinas. “El mar irrumpe en sus libros una y otra vez”,³ como puede constatar cualquier lector.

1. EL POETA DEL MAR

En estas líneas consideraremos uno de los más bellos cantos al mar incluido en *Canto general*: el corpus poético contenido en el canto XIV titulado “El gran océano”, con la finalidad de presentar la lectura del poeta chileno desde otro ángulo diverso al amoroso. La pregunta previa que uno puede hacerse ante este conjunto de poemas es: ¿Qué mares había visto Pablo Neruda hasta el momento de escribir este “Canto XIV”? ¿Qué imágenes reales guardaba en su mente y pasaba por su corazón de poeta al recordar y cantar al mar en sus versos? ¿Qué tipo de emociones y vivencias desataba en él la contemplación oceánica?

En 1927 Pablo Neruda parte nada menos que para Birmania como cónsul de Chile; después residirá en Ceilán (1928) —Sri Lanka— y Java. Allí por 166 dólares realiza sus simbólicas tareas de cónsul, perdido en remotas regiones de “solitaria residencia”. De manera que, además de su océano Pacífico natal contemplado ya en los primeros años de existencia, los ojos del joven poeta se abrirán al océano Atlántico, al mar Mediterráneo, al mar Tirreno, al océano Índico, a los mares de Indochina y al mar Báltico mucho tiempo después. De este modo, “el primer mar” contemplado le sirvió de la puerta de acceso al mundo:

[...]Y cuando el mar de entonces
se desplomó como una torre herida,
se incorporó encrespado de su furia,
Salí de las raíces,
se me agrandó la patria,
se rompió la unidad de la madera:

³Cf. Cárcamo-Huecante, L-E. “La economía poética del mar: patrimonio y desbordamiento en Maremoto de Neruda”, *Revista Iberoamericana*, 215-216 (2006), p. 587

la cárcel de los bosques
 abrió una puerta verde
 por donde entró la ola con su trueno
 y se extendió mi vida
 con un golpe de mar, en el espacio.⁴

Desde muy pronto, poeta y mar fueron compañeros en los azares de la vida. Naturaleza y poesía se entrelazan en su palabra poética. Con palabras de Alain Sicard “a imagen de Chile, ofrecido por entero a la influencia oceánica, baña el mar desde siempre la vida y obra de Pablo Neruda”.⁵ Isla Negra e isla de Capri serán para Neruda otros tantos balcones para prolongar su contemplación del océano infinito, “que más que mirarlo yo desde mi ventana me mira él con mil ojos de espuma”.⁶

Estas diversas “visiones oceánicas” a las que hemos aludido se fueron acumulando y superponiéndose en el interior del poeta, trabadas a sus vivencias singulares, de forma tal que hacia la mitad de su vida brotaron en forma de verso en su “Canto al Océano” incluido en el *Canto General* ya mencionado.

El hijo de la luna y el río

Antes de abordar el texto de “El gran océano”, será útil considerar dos imágenes del propio escritor sobre su concepción de la poesía y de la vocación de poeta. Dos imágenes en aparente contradicción, pero que se complementan en el fondo formando una unidad, otorgando una amplitud de miras al lector para justificar el Canto elegido. A raíz de una de sus excursiones por sur de Chile, Neruda perfila su concepción de poesía:

Andando hace muchos años por el lago Ranco hacia dentro me pareció encontrar la fuente de la patria o la cuna silvestre de la poesía, atacada y defendida por toda la naturaleza.[...]

⁴Pablo Neruda, “El primer mar” en “I. Donde nace la lluvia”, *Memorial de Isla Negra*, Madrid: Visor, 1994.

⁵Alain Sicard, *El pensamiento poético de Pablo Neruda*, Madrid: Gredos, 1981, p.457.

⁶Cf. Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, Barcelona: Seix Barral, 2001.

Era inminente un nacimiento y lo que nacía era un río. No sé cómo se llama, pero sus primeras aguas, vírgenes y oscuras, eran casi invisibles, débiles y calladas, buscando una salida entre los grandes troncos muertos y las piedras colosales.

Mil años de hojas caídas en su frente, todo el pasado quería detenerlo, pero sólo embalsamaba su camino. El joven río destruía las viejas hojas muertas y se impregnaba de frescura nutricia que iría repartiendo en su camino.

Yo pensé: es así como nace la poesía. Viene de alturas invisibles, es secreta y oscura en sus orígenes, solitaria y fragante, y, como el río, disolverá cuanto caiga en su corriente, buscará ruta entre los montes y sacudirá su canto cristalino en las praderas. Regará los campos y dará pan al hambriento. Caminará entre las espigas. Saciarán en ella sus sed los caminantes y cantará cuando luchan o descansan los hombres.

Y los unirá entonces y entre ellos pasará fundando pueblos. Cortará los valles llevando a las raíces la multiplicación de la vida.

Canto y fecundación es la poesía.

Deja su entraña secreta y corre fecundando y cantando. Enciende la energía con su movimiento acrecentado, trabaja haciendo harina, curtiendo el cuero, cortando la madera, dando luz a las ciudades. Es útil y amanece con banderas en sus márgenes. Las fiestas se celebran junto al agua que canta.⁷

Cita extensa, pero necesaria para entender la visión de Neruda sobre la poesía como un canto útil, al servicio del pueblo, que lucha por la intercomunicación y la amistad. Poesía-herramienta, poesía social. Desvela, de este modo, Neruda cuál es la responsabilidad del poeta: hacer universal su trabajo lírico, mostrarse ágil para alcanzar todos los rincones de la existencia, desde lo sublime a lo cotidiano. Años después podrá decir al inicio de su discurso para la recepción del Premio Nobel (1971) aquello de que “la poesía no habrá cantado en vano”.

Sin embargo, este sujeto poético que canta para el pueblo y con el pueblo evoluciona hasta considerarse, en su último ciclo poético (1968-1973), un ser extraño, un “hijo de la luna”. Así lo expresa en su libro *Las manos del día* (1968), un momento vital de cuestionamiento de su ser y su quehacer en la hora del balance final, visto en un marco extratextual de enfermedad y posible vecindad de la muerte. El poeta se apercebe con nitidez

⁷Pablo Neruda en “Bien vale haber nacido si el amor nos acompaña” recogido en el libro *Para nacer he nacido* (1978), de Pablo Neruda. *Por las costas del mundo*, Chile: Andrés Bello, 1999, pp. 265-266.

de que no pertenece a la categoría de “hombre común” por la tarea que le ocupa:

Y porque anduve tanto sin quebrar
 los minerales ni cortar madera
 siento que no me pertenece el mundo:
 que es de los que clavaron y cortaron
 y levantaron estos edificios,
 porque si la argamasa, que nació,
 y duró sosteniendo los designios,
 la hicieron otras manos,
 sucias de barro y sangre,
 yo no tengo derecho a proclamar
 mi existencia: fui un hijo de la luna.⁸

Siente su alma “como si estuviera hecha de luna”.⁹ Su “trabajo poético” le distancia del trabajo humano en general, del trabajo del obrero, porque no es productivo y —manteniendo una concepción materialista del mundo y del trabajo— le hace sentirse inútil, navegando sin rumbo por los mares de esta vida, excluido del quehacer común, marginado en la sombra de la existencia humana. Su balance es desolador:

Todos hicieron algo y es de noche,
 yo navego perdido entre la soledad que me dejaron.
 Y como no hice nada,
 miro en la oscuridad hacia tantas ausencias
 que paulatinamente me han convertido en sombra.¹⁰

Pero Neruda reconoce en sus versos que “de tanta nada que saqué/ de la nada, de la nada mía, / tomaron algo y les sirvió mi vida”;¹¹ es decir, que desde esa sombra, desde la nocturnidad, verdaderamente presta un servicio

⁸“El hijo de la luna” en *Las manos del día, Antología poética* (2), *op.cit.* pp.454-455

⁹“Cerca de los cuchillos” en *op.cit.* p. 455.

¹⁰“Ausentes”, en *Las manos del día, op.cit.* p. 454.

¹¹“Destinos”, en *op.cit.*

el poeta a los trabajadores del mundo, “porque sentí que de alguna manera/ compartí lo que hacían”. Su trabajo es creación y comporta una utilidad diversa, alejada de los saberes pragmáticos.

En esta última etapa Pablo Neruda resalta, pues, la especificidad del trabajo poético, mitifica la creación poética, retractándose de etapas anteriores; redescubre la soledad del poeta como espacio de la creación¹².

2. LAS VOCES DE “EL GRAN OCÉANO”

Como ya hemos mencionado en las líneas precedentes, el Canto XIV “El gran Océano” tiene como marco literario la gran obra nerudiana: *Canto General* (1950). En 1940, durante su estancia en México, Neruda inicia su proyecto de escribir un canto “general” de Chile. Persigue el objetivo de redescubrir la patria en su historia, geografía, naturaleza y gentes. Busca la vinculación íntima entre el hombre de un tiempo pretérito y el hombre actual. Esta obra constituye el nivel más alto de la creación nerudiana, junto a las *Residencias*. Se redacta el libro en unos años agitados, no sólo por los diversos viajes del poeta, sino fundamentalmente por sus implicaciones políticas.

El *Canto General* abre una nueva etapa en la poesía de Neruda en la que pretende hacer un poema del hombre y para el hombre, con carácter de actualidad periodística; un poema cíclico, imagen de la vida. El libro, compuesto por quince cantos, se divide en dos partes de siete secciones cada una, unidas por la sección central, la VIII: “La tierra se llama Juan” en la que el pueblo americano se erige en el auténtico protagonista del libro. La primera parte se rige por un criterio histórico-lineal, mientras que la segunda se presenta más heterogénea y sectaria. Incluye dos cantos autobiográficos: X. “El fugitivo” y XV. “Yo soy” que cierra el libro. Atendiendo a su carácter

¹²Cf. Sicard, Alain: *El pensamiento poético de Pablo Neruda*, op.cit., pp. 611 y ss. La nueva concepción del sujeto poético se reivindica después de *Estravagario* (1958) como necesidad de profundizar en la verdad íntima del ser.

cíclico, observamos que la obra comienza por una cosmogonía telúrica (I. *La lámpara en la tierra*) y concluye con una acuática (XIV. *El Gran océano*).

En este canto XIV, penúltima sección del *Canto general*, el poeta rinde homenaje al mar; constituye la mayor expresión lírica de la toda obra, una verdadera “sinfonía marítima”. Los poemas que la integran —cuatro en total— son momentos que van desarrollando en el tiempo o desplegando en el espacio el tema elegido: el océano y sus secretos. El *yo existencial* (“Los peces y el ahogado”, “La muerte”, “A una estatua de proa”, “El hombre en la nave”, “Los enigmas”, “Phalacro-corax”, “La noche marina”) se alterna en este Canto con el *yo étnico* (“Los hombres y las islas”, “Rapa Nui”, “Los constructores de estatuas”, “Los oceánicos”) y el *yo social* (“Los hijos de la costa”, “Los puertos”, “Los navíos”, “Las aves maltratadas”), a la vez que se erigen en protagonistas otros elementos en estrecha vinculación con el mundo marino: los habitantes de las islas, los peces, las aves, las piedras de las playas y acantilados, las conchas marinas. Con todos ellos el poeta establece un diálogo, más bien una comunicación unidireccional, pues el receptor aparece pasivo, contemplado, incapaz de iniciar respuesta alguna. Ciertos ecos posteriores sobre los “productos del mar” encontraremos en su poemario *Maremoto* (1970).

“El gran océano” es el poema que abre el Canto bajo título epónimo, a manera de prólogo de los poemas que le siguen; una carta lírica de presentación de toda la sección, donde se combinan los elementos naturales del mar: sus secretos, sus vidas. En él se condensan todas las lecciones que el mar le enseña al poeta, las llamadas, las “voces” del Océano que escucharemos desplegadas a lo largo de los veinticuatro poemas tal y como eran escuchadas por el oído del poeta.

Todo el Canto XIV presenta una estructura de núcleo y expansión. A su vez, se percibe una visión como de arco completo de la luz a las tinieblas, de la génesis a la noche (desde II. “Los nacimientos” a XIV. “La noche

marina”). La sección queda direccionada como un proceso de penetración del poeta en este elemento magnificado de la Naturaleza hasta llegar a la identificación con él mismo en el último de los poemas, “Noche marina”, broche perfecto para la sección.

Aunque resulta evidente que el lector se encuentra ante un canto epopéyico —sólo el epíteto del título es ya indicador de la magnificación y divinización que va a realizar de este elemento de la Naturaleza— en el fondo no se aleja del todo del tema central de *Canto General*. En efecto, el tema social americano aflora en varias ocasiones, tanto en menciones aisladas como en poemas completos. Recordemos cómo al describir los puertos de su país (“Los puertos”) llega el poeta hasta el de Pisagua, aludiendo en sus versos al significado que adquirió a partir del gobierno de González Videla:

En tu cárcel de piedra y soledades
se pretendió aplastar la planta humana [...]
y en las desnudas grietas ofendidas
está la historia como un monumento
golpeado por la espuma solitaria.
Pisagua, en el vacío de tus cumbres,
en la furiosa soledad, la fuerza
de la verdad del hombre se levanta
como un desnudo y noble monumento.

Asimismo, en el poema dedicado a la Isla de Pascua (“Rapa Nui”) aparece el motivo de la destrucción de la vida pacífica de los nativos con la llegada de la moderna civilización. El mundo idílico y armónico de los primeros habitantes de América fue aniquilado por las mismas fuerzas del mal que la aniquilan ahora. También estalla la denuncia social en “Los hijos de la costa”, versos dedicados a los pescadores. Por consiguiente, no podemos considerar *El gran océano* como un mero paréntesis lírico en la obra de *Canto general*; se trataría de una apreciación incompleta y superficial.

2.1. *El mar, lugar de eternidad y movimiento*

Pablo Neruda concibe el océano como un texto; posee un sentido. Reconoce con sencillez que la contemplación del mar le es necesaria porque le enseña.¹³ Es más, el océano se presenta como la Historia: inagotable; ambos basan su eternidad en el movimiento. Así, en el poema que cierra el Canto, “Noche marina” —sobre todo en los últimos versos—, se percibe con mayor nitidez esta unión entre contemplación oceánica y praxis histórica, este ensamblaje entre lo poético y lo histórico:

Quiero tener tu frente simultánea,
 abrirla en mi interior para nacer
 en todas tus orillas, ir ahora
 con todos los secretos respirados,
 con tus oscuras líneas resguardadas
 en mí como la sangre o las banderas,
 llevando estas secretas proporciones
 al mar de cada día, a los combates
 que en cada puerta —amores y amenazas—
 viven dormidos.

Neruda se siente fascinado por la eterna permanencia del océano, su perpetuidad en el tiempo, “el reposo distante”, “el central volumen de la fuerza”, “la potencia extendida de las aguas”, “la inmóvil soledad llena de vidas” (“El gran océano”), “eternidad en movimiento” (“Las piedras de la orilla”), frente a la fugacidad de la vida que palpa a cada instante.

Se trata de dos ideas recurrentes en su trayectoria poética. El tema del tiempo y la búsqueda de infinito se encuentra ya presente en uno de sus primeros escritos: *Tentativa del hombre infinito* (1926). En sus viajes en barco, en su condición de pasajero, volverá a reflexionar sobre el mismo

¹³ Así lo confiesa en uno de los poemas de *Memorial de Isla Negra*, “El mar”, en III. *El fuego cruel*: “Necesito del mar porque me enseña:/no sé si aprendo música o conciencia:/no sé si es ola sola o ser profundo/ o sólo ronca voz o deslumbrante/ suposición de peces y navíos./ El hecho es que hasta cuando estoy dormido/ de algún modo magnético circulo/ en la universalidad del oleaje”.

pensamiento, jugando con el lenguaje: “Todos vamos pasando y el tiempo con nosotros/ [...] y ustedes y nosotros pasamos, pasajeros”.¹⁴

La misma idea se repite en un poema del Canto XIV: “El hombre en la nave”, en el cual Neruda pone de nuevo en evidencia la eternidad marina contrastándola con la limitación de la existencia humana:

Toda piedra oceánica es océano, la mínima
cintura ultravioleta de la medusa, el cielo
con todo su vacío constelado, la luna
tiene mar abolido en sus espectros:
pero el hombre cierra sus ojos, muerde un poco
sus pasos, amenaza su corazón pequeño,
y solloza y araña la noche con sus uñas,
buscando tierra, haciéndose gusanos.

[...]

Es orgullo de arcilla que morirá en el cántaro,
quebrándose, apartando las gotas que cantaron,
amarrando a la tierra su indecisa costura.

Esta imagen del mar como eternidad, permanencia, infinitud, apunta ya en escritos anteriores, por ejemplo, en los poemas en prosa de *Anillos* (1926), en “Imperial del Sur”:

Las resonancias del mar atajan contra la hoja del cielo; fulgurece de pronto la espada verde; revienta en violentos abanicos; se retira; recomienza; campanas de olas azules despliegan y acosan la costa solitaria; la gimnasia del mar desespera el sentido de los pájaros en viaje y amedrenta el corazón de las mujeres. ¡Oh mar océano, vacilación de aguas sombrías, ida y regreso de los movimientos incalculables, el viajero se para en tu orilla de piedra destruyéndose, y levanta su sangre hasta su sensación infinita! [...]

Voluntad misteriosa, insistente multitud del mar, jauría condenada al planeta, algo hay en ti más oscuro que la noche, más profundo que el tiempo. Acosas los amarillos días, las tardes de aire, estrellas contra los largos inviernos de la costa, fatigas entre acantilados y bahías, golpeas tu locura de aguas contra la orilla infranqueable, oh mar océano de los inmensos vientos verdes y la ruidosa vastedad.

¹⁴“El barco” en *Navegaciones y regresos, Antología poética* (2). *Op.cit.* p. 369.

Años después, el poeta plantea en el poema “El reloj caído en el mar” de *Residencia en la tierra* (1933) toda una reflexión sobre el paso del tiempo, la fugacidad de la vida humana, a través de ese artefacto que nos sirve para medirlo: el reloj, en oposición al mar que lo recibe (eternidad, infinito). Neruda contempla el mar ahora como un vertedero y un generador de vida al tiempo; pero pesa mucho aún la visión negativa de la existencia en sus versos, superada después en los poemas que componen “El gran océano”. El mar es contemplado como un lugar donde todo confluye, lugar de depósito y defunción. Elemento devorador, en este caso del tiempo en su devenir. El mar viene a significar la muerte.

Es un día de domingo detenido en el mar,
 un día como un buque sumergido,
 una gota de tiempo que asaltan las escamas
 ferozmente vestidas de humedad transparente.
 Hay meses seriamente acumulados en una vestidura
 que queremos oler llorando con los ojos cerrados,
 y hay años en un solo ciego signo del agua
 depositada y verde,
 hay la edad que los dedos ni la luz apresaron,
 mucho más estimable que un abanico roto,
 mucho más silenciosa que un pie desenterrado,
 hay la nupcial edad de los días disueltos
 en una triste tumba que los peces recorren.

[...]

El reloj que en el campo se tendió sobre el musgo
 y golpeó una cadera con su eléctrica forma
 corre desvencijado y herido bajo el agua temible
 que ondula palpitando de corrientes centrales.¹⁵

El tiempo (“domingo” en el verso) se ha detenido de forma definitiva para el poeta ante las aguas oceánicas, como “buque sumergido”, “gota del tiempo”. Todos los elementos y criaturas de este mundo terrenal acaban, antes o después, absorbidos o recogidos por “el mar”, en la eternidad. “Hay la

¹⁵P. Neruda, *Residencia en la tierra*, 2, Barcelona: Mondadori, 2003.

edad que ni los dedos ni la luz apresaron”, “días disueltos en una triste tumba”. En el enfrentamiento reloj/mar (medida, precisión /eternidad, infinito) que el poeta provoca en las sucesivas imágenes de sus versos, la victoria es otorgada al mar en la última estrofa del poema, frente al “desvencijado y herido” reloj.

El mar es visto, además, como lugar de soledad donde el poeta descarga su angustia existencial, sentimiento recurrente en esta primera etapa de las “Residencias”. Esta línea de expresión, menos metafórica y más desgarradora por el tono confesional que adquiere el yo poético, aparece en otro poema del libro: “El sur del océano”.

Sólo quiero morder tus costas y morirme,
sólo quiero mirar la boca de las piedras
por donde los secretos salen llenos de espuma.

Es una región sola, ya he hablado
de esta región tan sola,
donde la tierra está llena de océano,
y no hay nadie sino unas huellas de caballo,
no hay nadie sino el viento, no hay nadie
sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.¹⁶

Las imágenes marinas aluden a un estado existencial de desasosiego permanente (Cárcamo-Huecante: 587), que reaparecerán solo de forma atenuada en los versos de su libro *Maremoto*:

Los animales ciegos de la ola
me inducen al conflicto,
al ven y ven y aléjate, oh tormento,
a mi marea oculta por el mar.¹⁷

¹⁶P. Neruda, *op.cit.*

¹⁷P. Neruda, “Maremoto” en *Maremoto* (1970), *OC*, vol. III, 2006, p. 466.

Pero en el Canto XIV el mar ya no constituye, como en la época de *Residencia en la tierra*, un simple soporte para la meditación sobre el tiempo. Ya no viene a significar exclusivamente, como en el poema anterior, esa fosa donde se acumulan los desechos de un mundo desintegrado. Si la vida presenta el rostro de la muerte en alguno de los poemas de este Canto no obedece al efecto de la angustia, como sucedía en su primera etapa poética, sino porque desde ahora el poeta reconoce en el océano “el agua madre”, “la madre materia” (“Los nacimientos”), “la eterna maternidad del agua” (“El hombre en la nave”) el lugar donde coinciden la vida y la muerte en el origen: el lugar de las génesis (“Los nacimientos”).

En estos versos del Canto Pablo Neruda pone de manifiesto su particular “descubrimiento”: en el océano se produce una dialéctica de contrarios (permanencia/movimiento), una confusión entre las dos dimensiones antagónicas de la existencia (vida/muerte). Esa perpetuidad del océano le viene dada por su propio movimiento.

La ola que desprendes
arco de identidad, pluma estrellada
cuando se despeñó fue sólo espuma,
y regresó a nacer sin consumirse.¹⁸

La frontera es sutil. La muerte, “la gran ola, inmensa mano verde que, alta y amenazadora, sube como una torre de venganza barriendo la vida que quedaba a su alcance”¹⁹ parece haber integrado su elemento contrario: la génesis, el origen. La dialéctica se ha superado felizmente de tal modo que el lugar de las génesis, del origen, es el propio movimiento del mar, “eternidad en movimiento” (“Las piedras de la orilla”). Aquí reside su perpetua renovación, como el fuego que al arder nunca se consume. “Tu energía pare-

¹⁸“El gran océano”, *op. cit.*

¹⁹“Me llamo Crusoe” de Pablo Neruda. *Por las costas del mundo*, *op. cit.* p.48.

ce resbalar sin ser gastada, / parece regresar a su reposo.[...] Toda tu fuerza vuelve a ser origen.²⁰

Más adelante, en el poema “La ola”, encontramos la expresión del mismo concepto: “Los baluartes del agua se doblaron / y el mar desmoronó sin derramarse /su torre de cristal y escalofrío”.

En su seno profundo se renueva, además, la vida, —añade en “Los peces y el ahogado”—:

En la mínima gota de la vida
 aguarda una indecisa primavera
 que cerrará con su sistema inmóvil
 lo que tembló al caer en el vacío.

En esa fugacidad de la ola, “potencia pura del océano”, “torre de cristal” “baluarte del agua”, que “viene del fondo, con raíces/ hijas del firmamento sumergido”²¹ el océano basa su energía, su perpetuidad, paradójicamente.

Es la unidad del mar que se construye:
 la columna del mar que se levanta:
 todos sus nacimientos y derrotas.

A partir de este descubrimiento del mar estático, eterno, Neruda admite que su vida ha cambiado y, desde aquel instante, sólo desea identificarse con él, como recuerda en los versos de *Memorial de Isla Negra* (1964).²² Solo en *Maremoto* (1970) el poeta vuelve a expresar la identificación del movimiento marino con el desasosiego interno:

²⁰“El gran océano”, Canto XIV.

²¹“La ola”.

²²“El poder quieto, allí determinado/como un trono de piedra en lo profundo,/ sustituyó el recinto en que creían/ tristeza terca, amontonando olvido,/ y cambió bruscamente mi existencia:/ di mi adhesión al puro movimiento”, de “El mar”, III. *El fuego cruel*.

Los animales ciegos de la ola,
me inducen al conflicto,
al ven y ven y aléjate, oh tormento,
a mi marea oculta por el mar. [...]

Ser y no ser aquí se amalgamaron
en radiantes y hambrientas estructuras:
arde la vida y sale
a pasear el relámpago de la muerte.
Yo solo soy testigo
de la electricidad y la hermosura
que llenan el sosiego devorante.²³

Esta voz de “eternidad marina” es presentada también con la imagen del fuego: es el mar que quema las entrañas y no se extingue, la “totalidad abrasadora”, “fuego que no muere” (“Los oceánicos”), que lanza “llamaradas”, “ardiendo sin consumirse” (“Antártica”). Ya desde su génesis, el océano surgió como una “gota ardiendo”:

Cuando se trasmataron las estrellas
en tierra y metal, cuando apagaron
la energía y volcada fue la copa
de auroras y carbones, sumergida
la hoguera en sus moradas,
el mar cayó como una gota ardiendo
de distancia en distancia, de hora en hora:
su fuego azul se convirtió en esfera, [...]
el mar llenó de sal y mordeduras
su magnitud, pobló de llamaradas
y movimientos la extensión del día,
creó la tierra y desató la espuma [...] ²⁴

La ola se encarga de expulsar del océano “todas las ramas que no ardieron”.²⁵ El poeta, ante este espectáculo, se siente fascinado y atraído:

²³“Maremoto”, op. cit.

²⁴Ibid.

²⁵“La ola”.

“y tu raído corazón me llama / como increíble fuego que no muere”.²⁶ Esta fascinación por el movimiento eterno resulta recurrente en *Maremoto* donde el mar es contemplado en su indómito movimiento y desborde (Cárcamo-Huecante: 591). El poeta parece celebrar en sus versos la catástrofe de las aguas marinas en su estado de convulsión desde una posición contemplativa privilegiada: “Yo solo soy testigo/ de la electricidad y la hermosura / que llenan el sosiego devorante”.²⁷

2.2. *El mar, refugio contra la fugacidad de la existencia humana*

Escribe el poeta chileno en las anotaciones sobre sus *Viajes*:

La vida del hombre es como la existencia de un día: el polvo tiembla al paso de la luz central, la vegetación acumula su misterioso alimento hecho de atmósfera y de profundidad, pasan cantos de niños, de borrachos, de enterradores, suenan las cocinas del mundo, transportan los heridos por el mar, por interminables trenes, las máquinas de escribir, las prensas, [...] desapareciendo, como un pequeño ciclista en un largo camino, y no queda sino motores van hundiéndose en un crepúsculo de donde el día va la noche permanente, las infinitas estrellas, la soledad inmensa.²⁸

El sujeto poético ya había aludido a ella en “El hombre y la nave”, pero termina sus versos con una invitación apremiante, una exhortación al navegante de los mares a refugiarse en el mar eterno, “unidad pura que no selló la muerte”,²⁹ en el regazo maternal del océano:

No busques en el mar esta muerte, no esperes territorio, no guardes el puñado de polvo para integrarlo intacto y entregarlo a la tierra. Entrégalo a estos labios infinitos que cantan, dónalos a este coro de movimiento y mundo, destrúyete en la eterna maternidad del agua.³⁰

²⁶“Los oceánicos”.

²⁷“Maremoto” op. cit.

²⁸P. Neruda, *Viajes* (1955), en *Pablo Neruda. Por las costas del mundo*, op. cit. p. 17.

²⁹“El gran océano” en *Canto XIV*.

³⁰“El hombre en la nave” en *Canto XIV*.

La limitación de los seres procedentes del mundo de la medida, la finitud humana, es la característica de la que se sirve el poeta para subrayar la infinitud del océano, “estrella interminable”, “perpetuo viento azul que derribaba los límites abruptos de los seres” (“Los nacimientos”). Limitación experimentada por el propio poeta en sus viajes marítimos, cuando desaparecen las referencias que le permiten situarse frente a las distancias. Y es esta limitación la que le impide desentrañar los secretos del océano, sus enigmas, que sólo el océano sabe como bien advierte: —“Yo os quiero decir que esto lo sabe el mar”—, mientras el poeta humildemente reconoce que:

Yo no soy sino la red vacía que adelanta
ojos humanos, muertos en aquellas tinieblas,
dedos acostumbrados al triángulo, medidas
de un tímido hemisferio de naranja.³¹

Un segundo elemento de refuerzo de esta “voz oceánica” de eternidad en el Canto viene inscrito en el símbolo de la piedra, materializado en las misteriosas estatuas de piedra de la Isla de Pascua evocadas en los poemas “Rapa Nui” y “Los oceánicos”, aunque en el poema inicial está ya recogido el símbolo: “Tu estatua está extendida más allá de las olas”.³²

La piedra es un ser inerte, quieto en sí mismo; en su fina materia se acumula el tiempo. Y además, la piedra representa una lección de eternidad negada a la fragilidad del hombre. Las estatuas de piedra fueron erigidas por los primeros habitantes de la Isla a partir de la propia fugacidad humana, para expresar su deseo frustrado de continuidad, de perpetuación en la historia. Hablan los oceánicos:

Las estatuas son lo que fuimos, somos
nosotros, nuestra frente que miraba las olas,
nuestra materia a veces interrumpida, a veces
continuaba en la piedra semejante a nosotros.

³¹“Los enigmas” en *Canto XIV*.

³²Ibid.

Esta “fábula de piedra”, esta “solitaria monarquía” perdura en el tiempo como testigo mudo de la historia.

Nada quieren decir, nada quisieron
sino nacer con todo su volumen de arena,
subsistir destinadas al tiempo silencioso.

[...]

Se van a consumir esta carne y la otra,
la flor perecerá tal vez, sin armadura,
cuando estéril aurora, polvo reseco, un día
venga la muerte al cinto de la isla orgullosa,
y tú, estatua, hija del hombre, quedarás
mirando con los ojos vacíos que subieron
desde una mano y otra de inmortales ausentes.

[...]

Así nacieron, fueron vidas que labraron
su propia celda dura, su panal en la piedra.
Y esta mirada tiene más arena que el tiempo,
más silencio que toda la muerte en su colmena.³³

2. 3. *El mar, lugar de soledad y silencio*

El poeta contempla el mar en silencio y se deja invadir por su abundancia: “Colmas la curvatura del silencio”. El gran océano es definido en el poema introductorio como “la inmóvil soledad llena de vidas”. Dos atributos contradictorios: *inmóvil* (estático, permanente) y *llena de vidas* (movimiento, dinamismo), que se suman a la dialéctica de contrarios expresada en las líneas precedentes. De esta “furiosa soledad”, “soledad sin tierra” como atributo marino se contagian los elementos que están en relación con él: las piedras de las orillas, “torres de soledades sacudidas” “piedras de soledad” (“Las piedras de la orilla”), los hombres oceánicos, provenientes de “la remota soledad marina” (“Los hombres y las islas”), los animales: las gaviotas “salpicadas en las soledades” (“Los puertos”), la ballena que se refugia en la soledad del océano, presa de terror por el arpón del pescador (“Leviathan”).

³³“Los constructores de estatuas” en *Canto XIV*.

Neruda elige como lugar emblemático de la soledad las tierras del Antártico: “Reino del mediodía más severo,/ arpa de hielo susurrada, inmóvil, cerca de las estrellas enemigas”.³⁴

Estas tierras deshabitadas y expuestas a las constantes embestidas de “la invasora soledad” marina, esconden bajo su desierto blanco la vida que nunca acaba, la eternidad, el océano infinito, “ardiendo sin consumirse/ reservando el fuego para la primavera de la nieve”.

En el último poema del Canto —“Noche marina”— el poeta, identificado ya con el océano y su soledad como espacio propio para la creación, entabla un diálogo con la noche y desafía a ésta a cubrir “toda la soledad” oceánica.

2.4. *El mar y los hombres*

Llegan al poeta desde el océano voces de hombres; voces de dos tipos humanos en relación con el mar: el hombre nativo y el hombre pescador. Dos miradas diferentes, privilegiada para los primeros habitantes, los pioneros, los “oceánicos”; tremendamente triste para los segundos, para los que el mar se ha convertido en aliado de su propia explotación, sobre todo al sur del país: “Parias del mar, antárticos/ perros azotados,/ yaganes muertos sobre cuyos huesos/bailan los propietarios que pagaron/por tarifa los cuellos altaneros/cercenados a golpe de navaja”.³⁵ Van a morir para siempre.

El hombre oceánico goza, para el poeta, del privilegio de haber estrenado tierra libremente y de fundirse con el mar eterno. Los pescadores, en cambio, los “nietos de Rapa” son “parias”, desheredados e la vida, “piojos helados del océano”, “codiciados y haraposos”, “roñosos desheredados de la espuma”.³⁶ Al pensar en el hombre de la costa explotado por su trabajo,

³⁴“Antártica” en *Canto XIV*.

³⁵“Los hijos de la costa” en *Canto XIV*.

³⁶Ibid.

en condiciones indignas, el mar para el poeta se vuelve gris,³⁷ triste: “y el corazón del mar se hizo costura/ se hizo bolsillo, yodo y agonía”.³⁸ Van a morir, como todos, pero el final es diverso:

No a la muerte del mar, con agua y luna,
sino a los desquiciados agujeros
de la necrología, porque ahora
si queréis olvidar, estáis perdidos.

El aborígen, el oceánico, viene de un mundo paradisiaco (Polinesia) y se dirige en su canoa a las costas de América.³⁹ Tiene, además, el privilegio de fundirse con el mar, de morir y perpetuarse en el tiempo:

Y los pequeños reyes que levantan
toda esta solitaria monarquía
para la eternidad de las espumas,
vuelven al mar en la noche invisible,
vuelven a sus sarcófagos de sal.⁴⁰

Se perpetúan, además, construyendo estatuas de piedra que desafían el tiempo de los seres humanos: “ellas tienen mi rostro/ la grave soledad de mi patria,/la piel de Oceanía”.⁴¹

³⁷El poeta recuerda de uno de sus viajes la estampa de estos hombres explotados: “Allí, junto a la unión del Biobío o del océano, están las grandes minas de carbón. Cerca de treinta mil familias de mineros viven hacinadas bajo el destructivo clima de aquellas regiones. Las poblaciones de Lota y Coronel están junto a un mar sin alegría, al ronco mar gris de las costas australes de Chile. Una historia de lucha y de martirio cubre las vidas de los hombres, de los indomables héroes del carbón. Los he visto salir de la profundidad, tiznados y cansados, avanzando hacia sus arrabales inhumanos”. De “El esplendor de la tierra” en *Viajes* (1955), op. cit.

³⁸“Los hijos de la costa”.

³⁹“Los hombres y las islas”.

⁴⁰“Rapa Nui”.

⁴¹“Los constructores de estatuas”.

2.5. *El mar y sus secretos*

El mar, eternidad, es un mundo oculto de elementos llenos de vida, “las vidas de la espuma” como señala el poeta en uno de los poemas de la sección. Esta imagen del océano como contenedor de vida viene reforzada desde la primera composición poética y en algunos otros del mismo Canto con el uso de imágenes metafóricas relacionadas con el concepto “recipiente”: “copa acumulada de todo movimiento”, “cavidad universal del agua”, “cráter desollado”, “vaso cerril”, “copa sumergida”, “copa de las vidas”, “gruta de la vida”. El mar sólo expulsa de su seno lo que carece de vida, “el relámpago de la escama”, “todo lo que dejó de ser racimo”.

¿Y cuáles son sus secretos?: “tu sal”, “tu miel”, “tus pétalos”, “tus cereales submarinos”, “suaves ovas”, “el relámpago de la escama” (“El gran océano”). Es decir, toda la fauna y flora oceánica a la que irá dedicando los poemas que finalizan la sección: “Las aves maltratadas”, “Leviathan”, referido a la ballena, “Phalacro-Corax”, “No sólo el albatros”. De todos ellos destaca, sin duda, por su barroquismo, “Mollusca gongorina”, dedicado a los moluscos —de los que, por cierto, Neruda era un gran coleccionista—⁴² que asemeja los versos nerudianos, como apunta el calificativo, al estilo poético de Luis de Góngora, como bien queda reflejado en los estudios de Polt.⁴³

Los peces son descritos frecuentemente con metáforas que resaltan la vertiginosidad de su movimiento: “relámpago muerto de la escama”, “relámpagos de plata sumergida”, “peces que cruzan como escalofríos”, “blanca velocidad”, “ciencias delgadas de la circulación”.

Ecós de esta presentación de secretos marinos encontramos en su libro *Maremoto* (1970), donde el poeta elige algunos habitantes del mar, “frutos del agua”, arrojados por el océano en la locura de su temblor sísmico para ser descritos con un hábil dominio metafórico en sus versos tan solo

⁴²Cf. “El Malacólogo” en *Pablo Neruda. Por las costas del mundo*. Op. cit.

⁴³Cf. Polt, John H.R. “Elementos gongorinos en “El gran océano” de Pablo Neruda”. *Revista Hispánica moderna*, 27, 1 (enero 1961), pp. 23-31.

por unos instantes: el erizo, el alga, las estrellas, las conchas, el langostino, la caracola, la foca, el delfín de bronce. No será su voluntad el retenerlos; él está aún en el tiempo y ellos pertenecen a otra dimensión, a la “implacable eternidad del agua”:

¡Volved, volved al mar
desde estas hojas!

Peces, mariscos, algas
escapadas del frío,
volved a la cintura
del Pacífico,
al beso atolondrado
de la ola, a la razón
secreta de la roca!⁴⁴

3. DEL GÉNESIS A LA FUSIÓN OCEÁNICA

Y llegamos al final del Canto XIV, donde el poeta ha hecho propias las voces del océano, unificándolas en su ser. La descripción del océano magnificado, colosal, maravilloso, adquiere su sentido general, su visión de conjunto, en el último poema, “La noche marina”, cuando el poeta, en primera persona, manifiesta su anhelo de identificación con las aguas marinas. El poeta se ha vuelto océano.

Nocturno amor, seguí lo que elevabas,
tu eternidad, la torre temblorosa
que asume las estrellas, la medida
⁴⁵de tu vacilación, las poblaciones
que levanta la espuma en tus costados:
estoy encadenado a tu garganta
y a los labios que rompes en la arena.

⁴⁴Neruda, P. “Adiós a los productos del mar” en *Maremoto*. En *Obras completas*, III, 2006, p.473.

⁴⁵“Noche marina”.

Este anhelo parece ser concebido en el sujeto poético en un doble sentido: una búsqueda de la trascendencia existencial a través del renacer continuo del mar por un lado, y un deseo de conocimiento más amplio y profundo, de todo lo que le rodea en el mundo:

Quiero tener tu frente simultánea
 abrirla en mi interior para nacer
 en todas tus orillas, ir ahora
 con todos los secretos respirados.[...]
 llevando estas secretas proporciones
 al mar de cada día, a los combates
 que en cada puerta —amores y amenazas—
 viven dormidos.

El poeta extrae sus poderes de aquel cuyo mensaje ha descifrado frente al infinito marino, aquél cuyos “secretos ha respirado”; a esos “secretos” aludidos ya desde el inicio.

Pero entonces
 entraré en la ciudad con tantos ojos
 como los tuyos, y sostendré la vestidura
 con que me visitaste, y que me toquen
 hasta el agua total que no se mide:
 pureza y destrucción contra toda la muerte.

Con estos versos como cierre, el “canto oceánico” presenta al lector una unidad total, una línea de lo general a lo particular, un itinerario de viaje de progresivo descubrimiento de los secretos marinos hasta la fusión en el mismo océano; una atracción irrefrenable por la eternidad. En el último poema que cierra *Maremoto*, Neruda volverá a referir esta gozosa fusión temporal al infinito marino desde la finitud de su condición humana: *Adiós, organizados / frutos del agua, adiós / camarones vestidos / de imperiales, / volveré, volveremos / a la unidad interrumpida. Pertenezco a la arena: / volveré*

*al mar redondo/ y a su flora / y a su furia:/ahora me voy/ silbando/ por las calles.*⁴⁶

Termino estas líneas, esta particular “mirada oceánica”, que ha tenido por objeto la aproximación a una visión panorámica del corpus poético de “El Gran océano”, seleccionando unas palabras del poeta chileno, aprendizaje perenne del océano, que alza su vista, una vez más, al inmenso Atlántico de regreso a Chile, “país oceánico”. Mirada contemplativa del poeta chileno a las aguas marinas, misterio insondable de eternidad en el tiempo:

Miro las pequeñas olas de un nuevo día en el Atlántico.
 El barco deja a cada costado de su proa una desgarradura blanca, azul y sulfúrica de aguas, espumas y abismos agitados.
 Son las puertas del océano que tiemblan.
 Por sobre ellas vuelan los diminutos peces voladores, de plata y transparencia.
 Regreso del destierro.
 Miro largamente las aguas. Sobre ellas navego hacia otras aguas: las olas atormentadas de mi patria.
 El cielo de un largo día cubre todo el océano.
 La noche llegará y con su sombra esconderá una vez más el gran palacio verde del misterio.⁴⁷

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO, Amado (1997), *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, Madrid: Gredos.
 BELLINI, Giuseppe (2000), *Viaje al corazón de Neruda*, Roma: Bulzoni Editore.
 NERUDA, Pablo (1968), *Obras Completas*, Buenos Aires: Losada, 2 vols.
 NERUDA, Pablo (1994), *Memorial de Isla Negra*, Edición de G. Bellini, Madrid: Visor.
 NERUDA, Pablo (1998), *Antología poética* (2). Prólogo y selección de Hernán Loyola, Madrid: Alianza editorial.
 NERUDA, Pablo (1999), *Pablo Neruda por las costas del mundo*. Prólogo, selección y referencias cronológicas por Jaime Quezada, Santiago de Chile: Andrés Bello.
 NERUDA, Pablo (2001), *Confieso que he vivido*, Barcelona: Seix Barral.
 NERUDA, Pablo (2003), *Residencia en la tierra*, I y II, edición y notas de Hernán Loyola, prólogo de Abelardo Castillo, Barcelona: Mondadori.
 NERUDA, Pablo (2006), *Maremoto* en OC. III, Madrid: RBA, Instituto Cervantes. Edición de Hernán Loyola.

⁴⁶“Adiós a los productos del mar” en *Maremoto*, op. cit.

⁴⁷Cf. “Oceanografía dispersa” en *Confieso que he vivido*, Barcelona: Seix Barral, 2001.

- ROSALES, Luis (1978), *La poesía de Neruda*, Madrid: Editora Nacional.
ROVIRA SOLER, José Carlos (1991), *Para leer a Pablo Neruda*, Madrid: Palas Atenea.
SICARD, Alain (1981), *El pensamiento poético de Pablo Neruda*, Madrid, Gredos.
TEITELVOIM, Volodia (2003), *Biografía de Pablo Neruda*, Albacete: Meran.
VILLEGAS, Juan (1976), *Estructuras míticas y arquetipos en Canto General*, Barcelona: Planeta.

recibido: marzo de 2015

aceptado: junio de 2017

